



© 139598. SINAFO-Fototeca Nacional del INAH. Fondo Casasola, *Benefactoras de la Cruz Roja*, Distrito Federal, ca.1905.

INFLUENZAS, GUARDERÍAS Y EL CULTO A LA MUERTE

Maestro Francisco Javier Guerrero*

En una ocasión, Álvaro Obregón, que fue presidente de México de 1920 a 1924 y que fue asesinado en 1928, declaró: “En México, si Caín no mata a Abel, Abel mata a Caín”. Pero quizá Caín no habría necesitado acabar con la vida de Abel en este país; éste podría haber muerto previamente víctima de alguna de tantas epidemias que nos han asolado. O bien pudiera haber sido que en el transcurrir del tiempo Caín y Abel se hubieran formado como *capos* del narcotráfico, acabando por matarse entre ellos. Pero, dando vuelo a la imaginación, podemos pensar que Caín y Abel podrían haber muerto desde la tierna infancia, quemados en una de tantas guarderías subrogadas por el Instituto Mexicano del Seguro Social, adonde habrían sido llevados por Adán y Eva.

Obregón no tenía mucho respeto por la vida humana; mandó asesinar a los generales Fortunato Maycotte, José Isabel Robles y Francisco Murguía, que en diversas ocasiones le habían salvado la vida. No tuvo ningún inconveniente en acabar con la existencia de su compadre Francisco Serrano y de otras personas en Huitzilac (episodio en el cual se basó Martín Luis Guzmán para escribir su célebre novela *La Sombra del Caudillo*). Y el Caudillo proyecta su sombra desde el Más Allá y nos observa con una risa sardónica; sabe que su tanatofilia sigue arraigada en las entrañas de millones de mexicanos.

Siempre se ha visto el culto a la Muerte en México como uno de los más poderosos pivotes del folclore; como un rasgo característico de la cultura nacional. Nos reímos de los estadounidenses y po-

* El Maestro Francisco Javier Guerrero Mendoza es Profesor-Investigador de la Dirección de Etnología y Antropología Social-INAH fguerrero.deas@inah.gob.mx.



Archivo Histórico de la Secretaría de Salud. F-BP SDr. Se-Subsria Lg-3, *Juventud de Acción Médico Social llevando a cabo actividades benéficas*, 1938.

seedores de otras nacionalidades porque creemos que nosotros no tenemos a la “Calaca” y ellos sí. Festejamos el *Día de Muertos* en noviembre y le aportamos una atmósfera festiva. Lo que José Guadalupe Posada ilustró como singular sapiencia es algo profundamente arraigado en nuestro país.

Antropólogos como Marvin Harris, y otros, han planteado que ya en el seno de la sociedad mexicana los sacrificios humanos eran más abundantes que en cualquier otra sociedad, un asunto que discutí ampliamente con Andrés Segura, un notable folklorista de raigambre indígena, que influyó notoriamente a Guillermo Bonfil y negaba la existencia de tales sacrificios. Después del desenfreno azteca -y de otras sociedades mesoamericanas- acaeció un pavoroso genocidio a consecuencia de la conquista y la colonización españolas, debido a las guerras de exterminio, epidemias, implantación de regímenes serviles y de esclavitud, trabajos forzados, etc. El México independiente, que nació como gran promesa, devino en una magna frustración, con un subdesarrollo atroz, golpes de Estado, Santa Anna, una traumática guerra con los Estados Unidos, todo ello en el marco de un océano de pobreza y de miseria; en tal marco la muerte devino en algo cotidiano, recurrente, familiar. Un campesino podía tener 12 hijos y perder 7; miríadas de mujeres fenecían a consecuencia de partos mal atendidos, otras muchas consecuencias de abortos; los promedios de vida eran muy bajos y la morbilidad y la mortalidad se enseñoreaban del país. En esta situación, ¿es de sorprender que en pleno siglo XXI muchos mexicanos consideren a la *Santa Muerte* casi como una divinidad?

Y por si fuera poco, la modernización del país -el ingreso de México al llamado *Primer Mundo*, que según algunos gobernantes ya era posible desde fines del siglo pasado- no termina con los males del subdesarrollo, sino que nos envuelve con los males propios de ella. Así, por ejemplo, la vida precaria en aldeas carentes de recursos es sustituida por existencias difíciles y complicadas en urbes altamente contaminadas y en una cuasi ausencia de servicios públicos adecuados. Las enfermedades infecciones del pretérito no se han ido, coexisten con las enfermedades crónico-degenerativas propias del desarrollo.

Esta patética coexistencia, este “desarrollo desigual y combinado” se ha percibido claramente con motivo de la aparición en México de la llamada “influenza porcina” o “humana” (en muchos lugares del mundo la llaman “mexicana”) y de un horrendo acontecimiento ocurrido en el estado de Sonora: el incendio de una guardería. Desde mi punto de vista, en ambos casos, lo que ha sobresalido es un fenómeno de falta de preparación, de incompetencia, del triunfo de los propugnadores del “ahí se va”. Las influencias son producidas por diversos tipos de virus; la que cimbró al país recientemente es producida por el virus H1N1. Y los tales virus “evolucionan rápidamente, no responden a los antibióticos, pueden esconderse, ser versátiles... (...) ... Y son diabólicamente simples” (*National Geographic en español*, junio de 2009, vol. 24, núm. 6).

La influenza, que en principio se llamó *porcina*, ya que se postula que es producto de una *zoonosis* (enfermedades vírales transmitidas de los animales a los seres humanos), no tiene vacuna y se ha



© 89937. SINAFO-Fototeca Nacional del INAH. Fondo Casasola, *Enfermera vacuna a un hombre*, Distrito Federal, 1914.

planteado que es muy letal. El jueves 16 de abril el gobierno estableció una alerta epidemiológica; se supone que el primer caso detectado se dio el lunes 13. A este respecto, cabe señalar que ya en marzo varias personas me informaron de casos en la capital, en los estados de Morelos y Guerrero de gripes particularmente virulentas, que habían costado la vida a varias personas. No tengo espacio para citar todos los casos al respecto; me limitaré a mencionar lo que le ocurrió a un ilustre médico, Eugenio Barberá, el cual me informó que en marzo fue víctima de un terrible ataque de influenza que no cedió frente a los antibióticos y para colmo contagió a varios de sus parientes. Barberá y los suyos lograron remontar el padecimiento gracias a su sapiencia galena y al uso de antivirales; el doctor asegura que fueron víctima de H1N1.

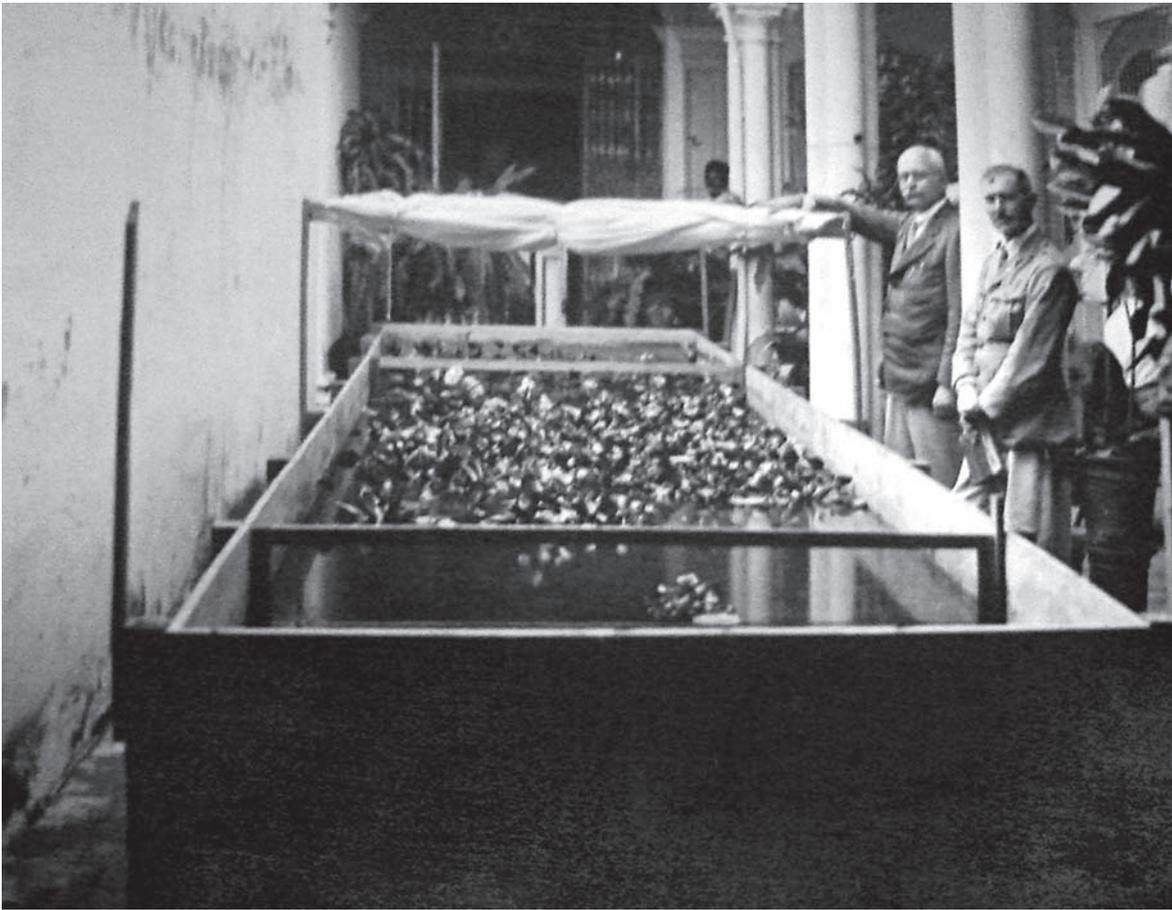
El gobierno mexicano y las autoridades sanitarias se prepararon para enfrentar una posible pandemia de gripe aviar, que a principios del siglo había causado estragos en otros países. Se elaboró el *Manual para la Vigilancia Epidemiológica de Influenza*, en 2007, pero en esto no se consideró que los virus pudieran mutar; cuando apareció el malhadado H1N1 no se le identificó -todavía a fines de abril escuché en radio que, frente al brote de influenza, las personas vacunadas en el año pasado frente a la gripe, estaban a salvo- y no fue sino hasta que el miserable bicho (o lo que sea) fue identificado en laboratorios canadienses.

A partir del 23 de abril se tomaron varias medidas preventivas, y el secretario de Salud informó acerca del número de personas contagiadas y de las de-

funciones debidas a la epidemia. A mi parecer, dudo mucho de las cifras expuestas por el secretario, y no porque éste sea aficionado a la mentira, sino porque conozco varias jurisdicciones en varios estados del país (centros de salud), y en ellas la labor estadística es precaria y a veces nula. Según el doctor Arnold Kraus, “Las comunicaciones iniciales de la Secretaría de Salud siembran primero desconcierto y después pánico. El manejo inadecuado de las cifras, el aumento en el número de muertos y luego el descenso, las incongruencias en el número de contagios, el frecuente y confuso uso de la palabra ‘probable’ y el total hermetismo acerca de las pruebas que se efectuaban en el INDRE (Instituto de Diagnostico y Referencia Epidemiológicos generaron mucho malestar” (La Jornada, 20 de mayo de 2009).

Según algunas personas, las medidas preventivas -suspensión de actividades escolares, cierre de establecimientos públicos, cese de espectáculos y actos masivos, retracción de actividades económicas, el desechar ir a sitios concurridos- fueron extremas. De acuerdo con el Banco de México, debido a la epidemia, el PIB (Producto Interno Bruto) caerá en 2009 un 5.3%. El coordinador de los senadores del Partido Revolucionario Institucional (PRI), deseoso de que su partido triunfe en los procesos electorales próximos, alegó que en otros países se controló mejor la epidemia sin tener que paralizar la economía. Según él, salió más caro el remedio que la enfermedad.

El médico epidemiólogo Marc K. Siegel, que labora en los Estados Unidos, afirma que el fastidioso A/H1N1 se debilita al pasar de los animales a los seres humanos y es relativamente fácil de detec-



Archivo Histórico de la Secretaría de Salud. F-SP S-CyC Se-C-12 Exp. 8, *Piscina de distribución, Campaña contra la fiebre amarilla, 1921.*

tar y controlar. Conforme a su opinión, el gobierno mexicano se equivocó al favorecer la exageración y el miedo a la epidemia de influenza, cuando debió enfocarse en difundir medidas preventivas más precisas y efectivo tratamiento médico. Esta falla determinó el alto costo social y económico del mal (*Proceso*, núm. 1697, 10 de mayo de 2009). Por el contrario, la Organización Mundial de la Salud sostiene que el gobierno actuó acertadamente.

Mientras duró la contingencia, no se vio a los mexicanos muy “indiferentes” frente a la enfermedad y a la muerte. En la Ciudad de México todo el mundo estaba apanicado, muchísima gente andaba con sus tapabocas y no pocos se quedaban encerrados en sus casas; en la mía, una sobrina estornudó y yo y otros parientes estuvimos a punto de ubicarla frente a un pelotón de fusilamiento. Se anunció oficialmente que las actividades normales se reanudarían el 7 de mayo; días después, andando por la calle, tuve la impresión de que el virus se había ido de vacaciones, pues ya nadie andaba con tapabocas, muchas cantinas estaban llenas y no faltaban quienes se besaran y abrazaban fervorosamente. Como escribe Javier Flores, “La epidemia no ha cesado ni en México ni en el resto del mundo”, e informaba que el 19 de mayo habían muerto por esa causa 70 personas. Hoy son muchas más (el artículo de Flores está en *La Jornada*, 19 de mayo de 2009).

El viernes 5 de junio un incendio destruyó una guardería subrogada en Hermosillo, Sonora, causando las muertes (hasta el 10 de junio) de 21 niños y 23 niñas. El día 9 de junio, en una emisión radiofónica, el ex dirigente estudiantil Marcelino Perelló, burlándose de un amigo suyo que opinaba que había que sancionar a los responsables de ese desastre, terminó por alegar que el fuego tiene ciertas características aviesas y nadie es responsable de que se propague; solo le faltó decir que ese malvado fuego fue iniciado por Belcebú. Extraña actitud en alguien que se distinguía por su espíritu crítico (o más bien por su afición a la heterodoxia, sea cual sea ésta).

Con motivo de este masivo infanticidio, se han documentado ampliamente las condiciones irregulares en que laboran la mayoría de las guarderías en México, situación que se ha agravado desde que estos centros se han convertido en negocios muy lucrativos para particulares, a los cuales les interesa tener ganancias, rebajar costos y carecen de una vocación de servicio público (desde luego, hay meritorios casos excepcionales).

¿Hasta cuándo permitiremos que la Sombra del Caudillo (o el espíritu de Huichilobos, según Vasconcelos) siga rigiendo en México? En nuestro país ha llegado el momento de abrir las puertas a la Vida, algo que nos cuesta trabajo poseer plenamente.

